



El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9145

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

—CONDICIONES—

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Ferrer, rue Cassini, 61, y J. Jena, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester Street.

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECEBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.—

CARTAGENEROS!!! ESPAÑA CONTRA FRANCIA. ¡NO ASUSTARSE!

Pues apesar de los nuevos Aranceles, la LEOLA JABONOSA de D. José Ignacio Mirabet, seguirá vendiéndose en Cartagena al mismo precio que hasta hoy, sin temor á las imitaciones que se han introducido en este mercado. Para mayor seguridad, comprarla solo en los establecimientos que se citan en el anuncio permanente que va en la cuarta plaza de este periódico, teniendo en cuenta que la LEOLA JABONOSA es de un color algo pajizo, lo que á simple vista ya la distinguen de las demás.

Unico representante en todo el reino de Murcia, D. Fernando Giménez de Berenguer, Martín Delgado, 9, pral., Cartagena.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, n.º 1 (Paseo de Recoletos).

GARANTIAS

Capital social efectivo... Pesetas 12.000.000
Primas y reservas..... 40.697.980

Total..... 52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, haciendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 18.301.675,53.

Dirigirse á los Subdirectores Sres. Viuda de Soro y C.ª. Plaza de los Caballos, 15, bajo.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera, Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

LUNES 25 DE ABRIL DE 1892

LA SEMANA ANTERIOR

Se ha deslizado con una calma *chichita*; si b'on para los *chichos* ha sido de resultados fatales.

Unos han pasado de este mundo al otro, gracias á la morcilla municipal.

Los más afortunados, vienen sufriendo opresión en los hocicos, desde que sus dueños, para evitar que la morcilla contenga trichina y pueda indigestarseles, les han colocado bozos.

La raza canina, está de pésame, deseando por momentos que pase el verano. Y no ha llegado aun.

¡A cuántos individuos que se pasan la vida rabiando, debieran obsequiarles con embudidos semejantes á esos que regalau el paladar perruno!

Y sin embargo para esos sujetos no hay nada. Ni siquiera boza'.

Dicen que ha llegado la época del campo.

Efectivamente, ahora empiezan los jardines á perfumarse con el ambiente delicado de las mil flores que brotan, para engalanar los pechos de las jóvenes, ó el ojal del chaquet del pollo elegante.

Ahora, ni el Sol abtasa, ni el airecillo molesta.

El campo, hoy, es delicioso para

un par de horas. Para 24, me parece monótono. Para una semana insufrible.

Solo la compañía del Sr. Cachet ha pasado la Pascua de Resurrección con nosotros, actuando sino á diario con alguna frecuencia, en el teatro Mayquez.

¡Ayer tantos espectáculos, y hoy tan pocos!

La plaza de toros se halló ayer muy concurrida.

El anuncio de la lucha de un hombre con un oso era el verdadero atractivo, y si bien no resultó el espectáculo como algunos esperaban, la plaza se vió llena de gente ávida de fuertes emociones.

K.

* COLABORACIÓN INÉDITA.

LA VENTA DEL DUENDE.

Llegué al fin rendido de cansancio al caserío del Picacho; lo menos seis horas habíamos tardado en ordenanza y yo en atravesar la sierra para llegar al caserío que empieza á extenderse desde su falda.

Es una vista lindísima la que se domina desde el último cerro antes de llegar al caserío; los campos cubiertos con sus verdes vestiduras, de ese verde y oro que empiezan á tomar en este tiempo los trigos; más allá los terrenos labrados cuyas tierras se preparan para la otra siembra y en las que pacíficamente pasean hostigadas por el látigo los pares de mulas que perezosamente arrastran el arado; lejos unas de otras, formando sin embargo especial conjunto, las casitas blancas como las palomas que en torno de ellas vuelan, sus techos de terraza unos, cubiertos de teja otros, sus chimeneas por las que az-

ciende el humo directamente formando caprichosas nubecillas que en los aires se desvanecen. Sobresalen entre todas las casas los molinos con sus desnudas espas, parecen brazos gigantes que imploran clemencia entre la desnudez de sus cuerpos. Por medio del campo ocultándose unas veces, aumentando su raudal otras, casi seco á lo mejor, atraviesa un riachuelo serpenteando, como jugando con los sombrados que acaricia al pasar.

Es un panorama el del Picacho que encanta á quien lo mira, yo no me cansaba de mirarlo y me parece que hasta los caballos que montábamos, admiraban tanta prodigalidad como naturaleza había derramado por aquellos campos.

A la izquierda del caserío según se vé de levante hacia poniente y á la derecha si al contrario, hay un camino carretero, cosa rara, en buen estado y en un lado del camino está la «Venta del Duende» que así la llaman en aquella campiña, por más que tiene una muestra pintada sobre la puerta de entrada y en cuya muestra con letras de buen tamaño dice que aquella casa no es otra sino la «venta de la buena dicha.»

Llegamos á la venta y curioso por naturaleza, aunque con el temor de ser indiscreto, á aquel que me pareció dueño del establecimiento, traté de preguntar la razón del sobrenombre de la casa, pero por el pronto fue mi gozo en un pozo, porque el hombre haciéndome señas de que esperase é invitándome á ello con un «¡uego!»—pronunciado secamente, fuese á atender á los concurrentes de la venta, arrieros y traginantes en su mayor número.

Servía en el establecimiento una moza, gallarda hembra, hermosa como un sol, que era la honra del país por su gentil donaire y belleza espléndida.

Viendo que del ventero nada había conseguido á ella me dirigí con mi pretensión curiosa, pero nada, como el amo me dejó con tres palmos de narices, quiero decir *in albis*, no sin ponerse más roja que una cereza.

—Espere el señor que esto se despeje y le servirá como es merecido—dijome al pasar una vez junto á mí el ventero.

No tuve que esperar mucho; los huéspedes de la venta en su necesidad de emprender temprano la marcha, recogieronse después de la una y poco á poco quedamos solos el ventero, la moza y yo.

La ocasión era propicia para averiguar lo que quería y no tardó en suceder que

el amo sentado á una mesa frente á mí, entro tajada y tajada y entre trago y trago me refriese aquello:

—La cosa es sencilla, me dijo; por aquí se susurra hace tiempo que en esta casa ha habido siempre duendes, tanto que en muchos años nadie ha querido arrendarla hasta que yo la tomé en alquiler; siguen diciendo que hay duendes, pero yo no los he visto Sr. Oficial y crea V. que á pesar de todo yo estoy muy bien en mi casa en la que con duendes ó no, gano más de lo que me hace falta para ponerle á esta—y señaló á la moza—un capitalito. —Esta es ahijada mía; á su padre lo mataron en el camino en una mala hora; su madre murió á poco, era mi hermana; la chica quedó huérfana y aquí vivimos los dos con el negocio, sin importarnos lo que dicen de fantasmas y esas cosas que no nos quitan la ganancia dejándonos vivir en paz y gracia de Dios.

Así dijo y mientras que la moza enrojecía unas veces y otras sonreía con malicia, también yo reía por dentro, pensando en la buena fé del hombre y en la picardía del cuento que había escuchado.

Dormí aquella noche, como se duerme después de haber pasado casi un día entero á caballo, es decir profundamente.

Me levanté temprano al día siguiente y no tardé en llamar á mi puerta la sobrina del amo para entrarme el desayuno.

No pude menos de sonreirme al verla con su carita de inocente.

—Oye, ¿sabes lo que estoy pensando? le dije.

—¿Qué? preguntó ella.

—Pues que de buena gana me dejaba llevar por los duendes—le respondí.

No me dijo nada; poniéndose encarnada como una amapola, sonrió y me dejó solo y efectivamente crean VV. que pensaba muy de veras que con buena gana me hubiera dejado llevar por el duende á cualquier parte, es decir si el duende era aquella hermosísima chica, como luego supe con certeza.

DIONISIO MORQUECHO.

Abril 7 192.

COLABORACIÓN INÉDITA

PARÉNTESIS

Si para hacer críticas fuera indispensable condición el hacerlas bien, cuán pocos críticos existirían en lo que convencionalmente llamamos la «república» de las letras.

UNA VENGANZA

39

porque ¿á quien dirjirme sin publicar mi vergüenza? Felizmente el instinto de la venganza es infalible y en el retrato se encontraba la fecha y el nombre del pintor que lo había hecho.

Me dirjio á París, sobre el retrato arrojé una mancha que lo inutiliza, y con este sencillo recurso, colmado ví el fin que me propuse.

—Uno de mis amigos, al que habeis hecho este retrato, dije al pintor, me ha encargado de traerlo para que hagais en él la corrección que necesite.

Lo miró atentamente, y después de breves instantes el nombre objeto de mi persecución, escapóse de sus labios.

¿Necesito decirte cuál era el nombre? Demasiado lo habrás ya hace tiempo adivinado!

Sordenill se levantó, abrió un buró y de él sacó un medallón que presentó á su hermano.

—D' Epernoz, exclamó Leopoldo bajando la cabeza.

44 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

que por instantes veíase descomponerse la fisonomía de Blanca y revestir un expresión más fúnebre. Ante aquel cuadro, olvidé todo, y un mar de lágrimas subió de mi corazón á mis ojos. Preso de un irrisistible sentimiento de piedad, me incliné hacia aquella mitad de mi vida que iba á perder para siempre. Aproximé mis labios á su frente bañada por el frío sudor de la muerte y con acento que retrataba mi dolor:

—Blanca, le dije, me conoces, soy yo, tu Jorge.

—Enrique contestó un suspiro más que una voz, y me separé de aquella cama.

—Que Dios la perdone, dije, y me lancé fuera de la habitación.

Un momento después me fue anunciada la muerte de Blanca.

Tal vez con su último suspiro iría envuelto el nombre de su amante. Su hermana y su confesor guardaron fielmente su secreto; nada pude saber. El mismo día, dejando á otros el cuidado de buscarle una tumba abandoné á Chebourg. La vida pertenecía á Dios, dijo el sacerdote, y ante una tumba por él abierta ¿qué podía hacer? pero aquel hombre podía vivir aun y me pertenecía.

Para mi dicha era necesaria su vida y juré vengarme por uno de los juramentos que jamás se violan.

Pere ¿dónde debía yo buscarle? De qué medios valirme para alcanzarlo? Un retrato y el nombre de Enrique eran todos los recursos de que podía disponer,

UNA VENGANZA

41

me sujetó entre sus brazos y señalándome á su hermana con una suplicante mirada:

—Tened piedad, me dijo, no veis que está próxima á la muerte?

—El nombre de este hombre, contestó yo desconvolviéndome de aquellos brazos.

Yo había pronunciado estas palabras con una voz muy baja y ¿cosa extraña! Blanca las escuchó. Por un esfuerzo sobrenatural ella se incorporó sobre la cama; yo me separé para evitar que me tocara, pero ella abriendo penosamente los ojos ya demasiado vagos y oscuros, no tuvo intención de pensar en mí. Ella buscó á su hermana, que se encontraba entre los dos, se acercó hasta ella y con una mano tapó su boca; después, dirigiéndose á yo no sé qué invisible imagen con una sonrisa de que parecía escaparse la última llama de un amor apenas vencido por la muerte, pronunció algunas palabras que no pude comprender y cuando me incliné para recogerla, se extendió lenta y trabajosamente sobre la cama, sobre la tumba, debe decir, que aquella cama no era otra cosa: Blanca se moría.

En estos momentos el débil sonido de una campana se dejó escuchar en la calle al que bien pronto se mezcló un confuso ruido de pasos. Dirijíanse hacia la casa; oíanse ya en la escalera. La puerta se abrió en fin: sobre el umbral apareció un sacerdote, y tras él muchas mujeres con cirios en las manos. Era el viático, que se traía para la agonizante. No soy impío, pero á la vista